

se cultiva la virtud de la justicia, y se colocan laureles sobre la memoria de quienes lo merecen.

Si está pálido el tono de esta introducción, excusadlo. El corazón abunda, pero es flaca la voz que fue encargada de anunciar la alteza de este significativo centenario.

## Semblanza y vida armónica de don Ricardo Carrasquilla

RAZÓN DE UN HOMENAJE

El señor Director general de Instrucción Pública, que pertenece al estirpe de los humanistas colombianos, no podía olvidar que, aunque propiamente don Ricardo Carrasquilla no es astro de esa constelación, sí engendró a uno de los más brillantes entre ellos, como su padre ilustre educador de la juventud, actual director de la Academia Colombiana de la Lengua y restaurador de los estudios clásicos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

De bien pocos, entre los que continúan y ennoblecen las empresas de sus progenitores, puede repetirse la frase de Menéndez y Pelayo, final elogio de José Eusebio Caro, tan estropeada en aplicaciones irritantes, como de Monseñor Rafael María Carrasquilla en relación con don Ricardo. Y somos los discípulos del Mercier colombiano, acostumbrados a repetir con reverencia filial el nombre del pleclaro varón cuyo centenario conmemoramos, quienes más obligados nos sentimos a corresponder a la demanda del señor Director de Instrucción Pública, por imperativo de una suerte de generación espiritual que se revela en nosotros a través de las enseñanzas del hijo.

En la generosa tarea de dignificar el magisterio antioqueño, tiene un bello significado este festival en honor de uno de los más insignes educadores colombianos, maestro de nuestro actual eminentísimo Prelado, quien después de haber sido «discípulo predilecto» del señor Carrasquilla tuvo la satisfacción,

siendo ya sacerdote, de administrarle la extrema unción el día de su muerte, ocurrida en Bogotá el día 24 de diciembre de 1886.

De todos los ámbitos del país surgen hoy voces de alabanza a la memoria de quien fue grande sin saber que lo era, y en quien se cumple maravillosamente, aun en lo humano, la promesa de inmortalidad con que divina inspiración quiso compensar las ingratitudes del magisterio: «El que enseña será llamado grande. Los que instruyen en la justicia a muchos brillarán como estrellas en perpetuas eternidades».

Pensamos y obramos colombianamente, sin acortar el horizonte del patriotismo dentro de las montañas que nos cercan y por eso aspiramos a que el culto a los grandes de Colombia en sus efemérides conmemorativas contribuya a robustecer el concepto de patria, con nacionalismo de savia nueva y de significación constructiva e integral. Honramos al patriota que tuvo los más nobles acentos de su poesía para enaltecer el recuerdo del Libertador en «El abrazo» y que en su «Visita al Salto del Tequendama», digna compañera de «Las Rocas de Suesca» de su amigo don Diego Fallon, aunque sin su valor onomatopéyico, hace decir al coloso:

«Nunca mi cerviz altiva  
Tocó nadie, ni la gasa,  
de la impalpable neblina,  
ni el leve soplo del aura;  
y no obstante audaz un día  
llega un hombre, mira, salta  
sobre las revueltas ondas  
de mi melena erizada . . .  
¡Era Bolívar! Sumiso  
Me inclino bajo su planta,  
corona el iris sus sienas,  
mil truenos su nombre aclaman,  
y las nieblas se disipan  
al fulgor de su mirada» (1870).

Difícilmente se expresa con mayor sencillez y hermosura el prestigio subyugante del hombre predestinado y superior, cuya gloria engarza en la diadema de la gloria española al hallar la única genealogía racional del heroísmo de los Libertadores y forjar en «¿Por qué vencimos?» el más fuerte eslabón de nuestra solidaridad con la Madre Patria: escuchemos:

«Cuando Páez en la lid  
ostenta una y otra hazaña,  
Exclama la madre España:  
“En ese hay sangre del Cid”.

—Cuando Ricaurte, sereno,  
su vida en aras ofrece  
a la Patria le parece  
nieta de Guzmán el Bueno.

—Cuando Bolívar el rayo  
de la guerra, desnudó  
su ardiente espada, creyó  
ver el alma de Pelayo . . . .

—Y por fin llegará el día  
en que enlazados estén  
Carabobo con Bailén,  
Ayacucho con Pavía».

Como antioqueños no puede sernos indiferente el nombre de quien remontando apenas una generación, encuentra origen común con la esclarecida familia en que figuran beneméritos servidores de Antioquia y uno de los más ilustres cultivadores del habla de Cervantes en la América, gloria de estas montañas, y, para satisfacción de las musas, vivo entre nosotros (1).

Ratificamos el aprecio que mereció de nuestros antecesores y quedó consagrado en el oro de una medalla que como valiosa presea familiar nos enseñó varias veces Monseñor Carrasquilla a sus discípulos antioqueños:

Temperamento eminentemente pacífico, don Ricardo no pudo sin embargo sustraerse al movimiento nacional para res-

(1) Tomás Carrasquilla.

tablecer la legitimidad violada por la dictadura de Melo, y en Sibaté, donde acaso trataba de hurtar el cuerpo al turbión revolucionario, después de clausuradas las tareas del Instituto de Cristo, donde hacía sus primeras armas como preceptor, se incorporó a las fuerzas de su presunto suegro el prócer de la Independencia general José María Ortega y ocupó con él las avanzadas del ejército constitucional. En el combate del Puente de Bosa luchó don Ricardo denodadamente como simple soldado del Batallón «Salamina» que comandaba el intrépido general Braulio Henao, y después de la toma de Bogotá, a la que asistió como ayudante del general Ortega, los antioqueños hicieron fundir entre otras, la medalla a que antes me refería, que por un lado dice: «jornada del 22 de noviembre de 1854.—Puente de Bosa.—Batallón Salamina», y por el reverso: «Al valor del señor Ricardo Carrasquilla (1).

#### LA FAMILIA

En el archivo del Cabildo de Medellín se halla la certificación de nobleza de sangre y limpios procederes, junto con la descripción de las armas de la familia de Rivera Carrasquilla, oriunda de San Lúcar de Barrameda, en Andalucía, a la cual pertenecieron los dos hermanos D. Juan y D. Tomás de Rivera Carrasquilla y Monge (2), establecido aquél en nuestra provincia, donde sobresalió como hombre de empresa, recetador acertado y gran filántropo, a juzgar por el empeño que tomó en la introducción de la vacuna, enviando a Nare a dos de sus esclavos, a quienes concedió la libertad, para que el doctor José Salvani les inyectara el virus protector que él se encargó de propagar en Antioquia. Don Tomás fue casado con doña María Josefa Carrasquilla y Sanmiguel, y uno de sus hijos, don José María, fue tronco de numerosa familia antioqueña. Otro, don Pedro, nacido en Honda, fue coronel de la Independencia, y en 1826 contrajo matrimonio con doña Cruz Ortega y Nariño, hija de don José Ortega, vocal de la Suprema

(1) Apuntamientos autobiográficos del general José M. Ortega.—*Revista del Colegio del Rosario*

(2) Genealogías antioqueñas.

Junta del 20 de julio de 1810, y sobrina de don Antonio Nariño (1).

Nombrado Gobernador del Chocó poco después de su matrimonio, el coronel Carrasquilla emprendió viaje, acompañado de su esposa, a la lejana provincia, y en Quibdó, a 22 de agosto de 1827, fue bendecida la unión con el nacimiento del primogénito, a quien se dió el nombre de Ricardo, sin prescindir del que le correspondía por el santo de la fecha en que nació, según piadosa costumbre que tiende a extinguirse: «me pusieron Timoteo», dice por ahí don Ricardo en chispeante autobiografía.

#### QUIBDÓ

Aunque muchos hablan de la poca importancia del accidente del nacer, la ciencia ha demostrado el influjo de asimilación inconsciente que por ese motivo se cumple en la vida de los hombres; y si es verdad también que don Ricardo fue ejemplar selectísimo del santafereño, por influencias más decisivas sobre su espíritu del medio en que vivió desde la edad de once meses, no lo es menos que siempre reconoció su patria chica y tuvo para ella expresiones de afecto y de filial interés por sus destinos.

Ciudad protegida en sus amaneceres por la espada del intrépido explorador español y por la cruz del misionero jesuita, Quibdó guarda en sus anales páginas de heroísmo en la lucha por la libertad y se enorgullece con mejores títulos de la sangre de sus mártires que de las riquezas de su suelo. Al lado de los nombres ilustres de Carrasquilla y de Conto, la crítica histórica y una paciente labor revaluadora empiezan a hacer figurar en su diadema de madre fecunda el del inmortal autor de María.

Agitada hoy por todas las inquietudes del progreso, aviva sus tradiciones y glorifica a sus hijos como el timbre mejor de sus blasones y garantía a la nación, de que en guarda de los fueros de la soberanía colombiana no desmerecerá del patrio-

(1) R. M. C. *Revista del Colegio del Rosario* N.º 64.

tismo de quienes por servir y defender a la República inmolaron su tranquilidad y hasta la vida.

Hoy lleva el nombre de Carrasquilla el mejor plantel de instrucción secundaria del Chocó y se celebra con gran entusiasmo en Quibdó el centenario de don Ricardo.

#### ESTUDIOS

Como ya he dicho, a los once meses fue llevado el primogénito del coronel Carrasquilla y de la señora Ortega a Bogotá, y huérfano de padre desde su primera infancia, la madre fue su verdadera educadora y numen de su existencia.

Tiene un delicioso sabor autobiográfico el cuadro de costumbres, «lo que va de ayer a hoy», en que don Ricardo describe la transformación efectuada a través de veinte años, de la escuela de don Fructuoso, en que empezó a aprender las primeras letras, a las que funcionaban en la época en que lo escribió.

Fue publicado en la serie de «El Mosaico» y lo complementó don José Manuel Marroquín con reminiscencias de la vida estudiantil de entonces, que concluyen con esta observación plena de buen sentido: «Te aseguro que si yo volviese a la niñez, con la experiencia que tengo, y si se dejase a mi arbitrio la elección de escuela, preferiría la de don Fructuoso y me sometería gustoso a las consecuencias, no obstante los azotes, la férula, la larga uña de don Fructuoso y la corta equidad de los tomadores. Considero como una fortuna el haber nacido en la época en que nací, porque si bien es cierto que los actuales métodos de enseñanza hacen grandes ventajas a los que se observaban hace veinte años, no es menos cierto que en lo general la educación que daban entonces los padres y los preceptores era infinitamente más adecuada a nuestro estado social y más a propósito para dar bienestar a cada hijo de vecino... se nos hacía ser muchachos hasta que por la edad y por el desenvolvimiento de las facultades éramos hombres» (1).

(1) Marroquín íntimo.

De la escuela primaria pasó Carrasquilla como alumno externo al Seminario que en 1840 fundó el Ilmo. señor Mosquera y que se disolvió en noviembre del mismo año por causa de la guerra. Estos fueron sus únicos estudios bajo la dirección de maestros, pues de allí en adelante fue el preceptor de sí mismo en las horas que le dejaba libres su modesto empleo de escribiente con que trataba de subvenir a sus necesidades. Don José Joaquín Ortiz lo llamó como catedrático de materias elementales al *Instituto de Cristo*, fundado en 1852 y cuyas tareas se interrumpieron en 1854 por la revolución de Melo (1); este fue el campo propicio a la revelación de don Ricardo y la ocasión que tuvo para ilustrarse, pues gracias a la lucidez de su talento y a la perseverancia en el estudio llegó bien pronto al conocimiento pleno de las materias que tenía que enseñar y cumplió así la sentencia de san Francisco de Sales, uno de sus autores favoritos: «La buena manera de aprender es estudiar, la mejor, escuchar, la bonísima, enseñar.»

Hacia el año de 1855 fundó el plantel que vino a ser hasta poco antes de su muerte hogar intelectual de muchos de los varones que han dado lustre a la nación, principalmente por la práctica de virtudes que son trasunto y reflejo de las de su maestro. Enseñando en el *Liceo de la infancia* aprendió a fondo la gramática castellana y la lengua francesa. De la única materia que recibió lecciones fue de latín, en asocio de Carlos Martínez Silva, Emiliano Isaza y su propio hijo Rafael María, de los labios del gran latinista don Miguel Antonio Caro. Monseñor Carrasquilla dice que en historia y matemáticas aprendió lo que se hallaba en los libros más adelantados de su tiempo, y que en filosofía, después de estudiar a los más afamados maestros de distintas escuelas, se formó un sistema filosófico completo, más idealista que experimental, «fundado en el pensamiento ajeno y completado por el propio». «Así como no se escribe el *Catecismo de la Doctrina Cristiana* del P. Gaspar Astete sin ser teólogo profundo, así no se producen los *Sofismas anticatólicos* sin ser profundo filósofo». (2.)

(1) D. José Joaquín Ortiz, por R. M. Carrasquilla.

(2) *Revista del Colegio del Rosario*, N.º 64.

## EL INSTITUTOR

La labor educadora de don Ricardo Carrasquilla fue «una de las más extensas, profundas y durables que haya habido en Colombia», y al decir de su continuador en ese apostolado, «jamás hubo lecciones más amenas que las suyas, aunque enseñara las materias más áridas: como álgebra o lógica. Los jóvenes, los niños mismos, preferían *la clase de don Ricardo* a cualquier pasatiempo propio de su edad; y con todo, donde él menos enseñaba, era en las aulas».... Reemplazó los castigos dolorosos, universales en su tiempo, por la vigilancia más nimia; pero tal, que no era carga ni humillación, ni motivo de inquietud para sus alumnos. Al mismo tiempo inventó una serie no interrumpida de estímulos que no dejaban en inacción ni a los más perezosos.

«No estuve con él sino en una clase de religión, ni yo alcancé a estudiar en aquella época sino las materias elementales. Y sin embargo, sin darme clases, sin señalarme lecciones ni tareas, cuando llegué al Seminario me admitieron directamente, con lo que sabía, a los cursos de teología sagrada».

Advertiré de paso que quien así habla es el primogénito del cristiano hogar formado por don Ricardo y por su prima hermana doña Emilia Ortega, hija del general Ortega y de la dama valenciana doña Mercedes Párraga, llamada por el Libertador *la heroína de Venezuela*; el hijo fue bien pronto colaborador de su padre en las labores del profesorado, avanzando en la carrera del magisterio, «con lo cual, escribe el doctor Luis María Mora, parecía realizar lo que los patricios romanos querían para sus hijos: que aprendiesen el arte de la guerra en el mismo campo de batalla». (3).

En el *Liceo de la Infancia* los reglamentos eran reemplazados por la resolución de cada caso particular, según las circunstancias especiales que lo rodeaban y el carácter de los alumnos.

No he visto escrito este hecho, pero se lo oí referir a Monseñor Carrasquilla: Visitaba un amigo de don Ricardo el *Liceo*

(1) Esbozo biográfico del Dr. R. M. Carrasquilla.

de la Infancia y viendo la distribución de las clases preguntó: —¿A qué horas es la clase de religión? —De las cinco de la mañana a las nueve de la noche, fue la respuesta del Director. No figuraba esa clase en el horario.

Es porque la religión debe animarlo todo en la obra educativa, ser como el aire que se respira, y dejar sólo un mínimun de ideas especulativas al lado de un máximum de vida religiosa, para emplear la fórmula del P. Ruiz Amado.

Lo mismo juzgo que puede ocurrir con la urbanidad y aun en ciertos casos con la historia patria, pues viendo ahora que en el Colegio del Rosario se dicta un curso superior de historia de Colombia, recuerdo que en mis tiempos esa asignatura no existía, pero era reemplazada ventajosamente por el ambiente histórico que se respira en la que fue *cuna de la República*, la galería de cuyos hijos ilustres sirve para llenar, con recuerdos cariñosamente cultivados, las páginas más brillantes en los anales del país.

En 1857 empezó a publicar don Ricardo en un periódico de Bogotá sus *Problemas de aritmética para los niños*, fruto de versación en la ciencia y método de la enseñanza antes que de ingenio poético y rica fantasía, que en breve fueron auxiliar precioso de todos los maestros y se publicaron en 1859 en volumen que alcanzó a circular profusamente en las escuelas de Antioquia. Profesores de la calidad de don Santiago Pérez los elogiaron con entusiasmo, pues «cuando ya la tarea no fue, en la clase de aritmética, la de aprender fórmulas, procedimientos o corolarios para casos hipotéticos, en cuya inmediata o siquiera posible realización no tenían los escolares completa fe, sino la de satisfacer a una cuestión presente, que de la naturalidad de las circunstancias y de la gracia del verso recibía cierto aire de verdad, o por lo menos de verosimilitud, entonces dominó una atención más general y profunda, producida por la curiosidad de conocer el resultado y provocada por la especie de misterio con que éste se hacía más tardío y difícil.» — («El Tiempo». — 1859.)

El señor Pedro A. Gómez, institutor oriundo de Zapatoca,

en Santander, contestó, también en verso los problemas de don Ricardo. (1)

Inseparable de la condición de maestro es en don Ricardo la de orador sagrado, pues «el celo por la gloria de Dios y por la salvación de los prójimos, al decir de su amigo don José Manuel Marroquín, fue en él una especie de pasión dominante.» «Cuando compuso sus *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*, no tuvo sino que poner por escrito lo que era materia ordinaria de sus conversaciones». «Su fe era tan maciza como la del carbonero más rudo, como la del apologista más ilustrado». (2).

Oigamos otra vez a su hijo: «Era de elevada estatura, grueso y bien formado, con rostro en que se hermanaban la gravedad y la dulzura. Tenía voz de bajo profundo, pero tan sonora que se dejaba oír en los más dilatados recintos. Fluía a torrentes la palabra sin una vacilación, sin repetirse, sin una muletilla ni un tropiezo. La acción oratoria era amplia, majestuosa, solemne. El discurso, al calor que brotaba de aquel pecho, encendía el verbo como ascua; y todas esas condiciones producían en los oyentes una impresión tal, que no se borraba después por entero, en todo el curso de la vida.... El hábito de enseñar en la cátedra hacía que los pensamientos estuvieran en el orden más perfecto y que fueran tan claros como el agua pura. *No le entendí*, es frase que nadie, por rudo que fuera, pronunció nunca al oír a mi padre».

#### EL POETA

Encuentro acertada la opinión de que la excesiva facilidad para versificar, pues cuando improvisaba parecía como si ese fuera su lenguaje natural y se habría admirado de hablar veinte años en verso menos que el personaje de Molière de haberlo hecho en prosa, perjudicó la producción poética de Carrasquilla, pues le impidió la obra de artista que pule y repule hasta el límite de la perfección.

(1) Bibliografía colombiana de Laverde Amaya.—124

(2) Apuntamientos sobre Ricardo Carrasquilla. *Revista del Colegio del Rosario*, N.º 64.

A su asombrosa espontaneidad agregaba el temperamento más delicado, que con aquella facultad y todo no lo eximía completamente de inconformidad respecto de sus producciones. Así vemos en una epístola de cumpleaños a don Diego Fallon:

Dice un rancio autor, y es cierto:  
«Las ideas naufragar  
suelen antes de llegar  
de la humana lengua al puerto».   
Por eso a enviarte no acierto  
sino versos, ¡triste dón!  
Náufragos del corazón,  
náufragos del pensamiento,  
que ni dicen lo que siento  
ni parecen lo que son.

Y cuenta que si fuera a buscar ejemplo más adecuado que éste de la perfección de una décima, con el ingenioso requisito del doctor Tobar, expresado en otra décima famosa,

«de que sin ningún estorbo  
concluya el último sorbo  
con el último bocado»,

difícilmente lo encontraría.

«La primera improvisación de Ricardo de que tuve noticia, dice Marroquín, fue una que hizo en Fusagasugá, por allá en 1844. Estaban a la sombra de una enredadera un amigo nuestro y una niña Cadena con quien le daban bromas. Ricardo, al verlos, prorrumpió:

Ortiz bajo el emparrado,  
agobiado de su pena,  
sólo piensa en la cadena  
que lo tiene aprisionado.»

Llamó *Coplas* a la colección de sus versos, que ha tenido tres ediciones, casi todos de género festivo y de ocasión, pero entre los cuales hay también algunos de carácter patriótico y

de más elevada entonación, como los mencionados al principio y otros de índole religiosa. Del mismo modo apellidó Jorge Manrique la meditación a la muerte de su padre, «poema modelo en su línea» al decir de Longfellow, y coplas que según Lope de Vega «merecían estar escritas con letras de oro».

Carrasquilla no se limita a divertir con sus poesías jocosas, sino que envuelve en ellas su filosofía e induce a conclusiones morales. En la que llamó *bagatelas* se encuentra a menudo más fondo que en muchos poemas extensos de pretensiones trascendentales. Veamos algunos ejemplos:

Todo lo saben los sabios,  
sólo ignoran la verdad;  
todo lo compran los ricos,  
menos la felicidad.

Muchos, del abismo al borde,  
sienten vértigos de horror,  
y duermen sobre el abismo  
de su propio corazón.

El amor es como el vino:  
mientras más viejo más fino.

Hay una gran diferencia  
entre un pedante y un loro;  
porque el pedante habla siempre  
y el loro a ratos y poco.

Como contraste con la índole de su inspiración, anota Monseñor Carrasquilla que sus lecturas favoritas en el género poético eran las de los clásicos de gusto más exquisito y de unos pocos románticos cuya imaginación no se hubiera extraviado, pero nunca recitaba versos festivos, ni demostraba afición a sus autores.

Vergara y Vergara impuso en nuestra Patria el gusto de don Antonio de Trueba, a quien imitó en gran parte de sus versos en borrador, y se ha dicho que él, con Epifanio Mejía

y Carrasquilla (1), son los más visibles imitadores colombianos del dulce poeta vascongado. Pero como bien observa el señor Marroquín, los remedos que don Ricardo hizo de Trueba, valiéndose de la facilidad que tenía para imitar los estilos ajenos, fueron simples travesuras, que no amenguaron su originalidad. Y en corroboración de lo dicho cabe advertir que con la misma razón podría ser matriculado en la escuela solemne y grandiosamente declamatoria de Quintana, porque parodió en «A la invención de la chicha» el poema de la *Expedición de la vacuna*. En los versos que intituló *Joyeros*, se muestra conocedor de los más notables maestros de la literatura universal y define el valor de cada uno de ellos con la palabra precisa.

#### EL MOSAICO

Quizás sería más propio llamarse generación de *El Mosaico* a la que Gómez Restrepo denomina «segunda generación romántica» (2), porque al rededor de la tertulia y del periódico de ese nombre las letras colombianas tuvieron su edad de oro.

Vergara y Vergara en su artículo sobre don Eugenio Díaz (3) refiere cómo el 21 de diciembre de 1858 se le presentó el autor de *La Manuela* con algunos cuadros de costumbres del campo (como quien dice: «no tengo más riqueza que una mina de oro»), enviado por don Ricardo Carrasquilla a comunicarle la idea de publicar un periódico literario, cuyo nombre, *El Mosaico*, propuesto por Díaz, encontró «buenísimo» Vergara.

Fueron inmediatamente a la imprentilla de José Antonio Cualla, benemérito del movimiento literario, situada en una ramada abajo de San Francisco, en cuya puerta se leía «Herraje garantizado», por una fragua de herrero que funcionaba al lado de los chivaletes y de la prensa (4). «Los materiales del primer número de *El Mosaico*, continúa Vergara, se fueron aprestando en dos días. Borda (José Joaquín) escribió el prólogo, la revista y las *Fiestas de Cherburgo*. Don Juan Francis-

(1) Bibliografía colombiana de Laverde Amaya, 83.

(2) Literatura colombiana.

(3) Artículos literarios, 324.

(4) Marroquín íntimo.

co Ortiz un artículo titulado: *Vamos a la ópera*; Marroquín unas redondillas a Cándido Rincón, que un año después se fue a Roma, y murió al regreso tres años después. Don José Joaquín Ortiz nos dió su fábula de *Los dos hernitaños*; y yo farfullé *El Correista* y un prólogo para *La Manuela*. *La Manuela* quedaba de repuesto para el segundo número, y Carrasquilla aguardaba para escaramucear con sus letrillas».

*El Mosaico* siguió saliendo semanalmente desde el 24 de diciembre hasta el 29 de diciembre de 1860. La segunda serie apareció del 13 de enero de 1864 al 16 de diciembre de 1865, y su colección completa es documento esencial para cualquier estudio sobre el movimiento literario y social de la época. Desde el segundo número el personal de colaboradores de distintas tendencias se fue aumentando y a poco convinieron, por invitación de Rafael Eliseo Santander, en reunirse algunos días de la semana a tomar chocolate de media canela con mollete, a fumar y a mentir de cuatro a seis horas.

Así nacieron los célebres *mosaicos*, que se reunían alternativamente en las casas de los contertulios, principalmente en las de Samper, Quijano Otero, Ricardo Silva, Camacho Roldán, Vergara, Marroquín o Carrasquilla: «Nos reuníamos, dice Samper, sin distinción de creencias religiosas ni opiniones políticas, a departir en la intimidad sobre todas las cosas imaginables, particularmente sobre historia patria y literatura, y todos hacíamos lecturas sometidas a la afectuosa pero severa y franca crítica del *Mosaico*; sin perjuicio de pasar largas horas en hacer las más variadas y chispeantes improvisaciones, así escritas como verbales, en prosa y en verso, con dibujos y caricaturas y hasta en música, canto y representaciones cómicas» (1).

«*El Mosaico* dirigió la corriente desbordada del romanticismo por los cauces del buen gusto; hizo amigos y hermanos de hombres de las más encontradas ideas religiosas y políticas; les enseñó prácticamente la virtud cristiana de la tolerancia

(1) Hombres ilustres, Vergara, 393.



sin perjuicio de la integridad de los principios» (1). Don Ricardo era el más severo crítico de las producciones que se leían en *El Mosaico*, pero fue par de Vergara en la tarea de estimular a los escritores jóvenes en quienes hallaba mérito. Marroquín declara que por empeño de su amigo dio a la ortografía la forma en que ha tenido tanto éxito, que a él y a Vergara les debió el desenvolvimiento de su afición a las letras y que en uno de sus viajes de *Yerbabuena* a Bogotá los encontró atareadísimos en la empresa de publicar las poesías de Mario Valenzuela, con quien tuvo Carrasquilla «una de aquellas amistades cristianas que recuerdan, aunque de lejos, la de San Basilio y San Gregorio; amistad fundada en la estimación más que en la simpatía y en que en la intimidad está templada por mutuo e inviolado respeto» (2); Don Ricardo fue uno de los compañeros del después Padre Mario en la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Colombia.

En los *Mosaicos* se reveló también Jorge Isaacs, con la lectura de algunas de sus poesías que decidió a los contertulios a costear a escote su publicación (1863); estimulado por los mismos escribió su inmortal idilio *La María*, cuya primera edición apareció en 1867.

Ya he mencionado el nombre de Eugenio Díaz, pero no había dicho que la primera página de *La Manuela* (1858) contiene una carta suya a don Ricardo Carrasquilla, en la cual le dice: «Usted me ha llevado como de la mano en esta carrera, como un niño que guía a un anciano débil por un camino que no es el suyo, librándolo de los hoyos y de los pedriscos». Efectivamente en unión de Vergara don Ricardo dirigió la publicación de la obra que Cejador califica como «la más fiel copia de la realidad por el arte y la más acabada de cuantas se han escrito en América».

Díaz es, sin duda, el más notable de nuestros escritores de costumbres, dignos de figurar al lado de nuestros historiado-

(1) Monseñor Carrasquilla, discurso de recepción del doctor Zerda en la Academia Colombiana.

(2) Monseñor Carrasquilla, [Prólogo a los Escritos escogidos de Valenzuela.

res por haber elevado los más humildes aspectos de la vida de la tierra a las regiones del arte en una historia llena de alma, y que no se pára en el frío catálogo de fechas y de nombres. Suya es la frase, que podríamos llamar dogma de ese género literario y que se halla al frente del primero de los dos volúmenes de *Cuadros de costumbres* publicados por *El Mosaico*: «Los cuadros de costumbres no se inventan: se copian».

Este es el momento de rectificar un concepto de mi eximio maestro el señor Gómez Restrepo cuando dice (13) que «no hizo Carrasquilla cuadros de costumbres en prosa», pues en el primero de los dos volúmenes mencionados se encuentran tres, y recuerdo ahora: «Lo que va de ayer a hoy», mencionado antes, y «El Jurado». En *El Mosaico* he leído también el que tituló: «Yo y el Diablo», que con los anteriores y sus escritos serios sirve para confirmar el juicio de Marroquín sobre su prosa: «se distingue por las dotes que parecen más comunes pero que en realidad son las de más precio: lo terso, lo claro, lo natural». Por supuesto que los mejores cuadros de costumbres de don Ricardo fueron los escritos en verso, como *Las fiestas de Bogotá*, *Certámenes*, *Mi vida* en Chía, etc., plenos de un realismo sano y vigoroso y de sal andaluza.

Los que sin abdicar de nuestras ideas y antes con ánimo de tonificarlas, sostenemos la necesidad de una cordial inteligencia entre todos los colombianos de buena voluntad para las empresas de interés patriótico, encontramos en el ejemplo de *El Mosaico* una bella lección, digna de ser aplicada a quienes llevan sus exageraciones, todavía en estos tiempos en que la cooperación parece ser la orden del día, hasta proscribir las relaciones sociales con los adversarios políticos. Don Ricardo Carrasquilla pudo ser llamado un sacerdote laico, y sin embargo, «ninguno profesó como él franca y cordial amistad a sus adversarios en creencias y opiniones. Por Samper tenía profundo cariño, aunque antes de su conversión, (devida en mucho a las observaciones de Carrasquilla, según lo declaró),

(13) Literatura colombiana, 103.

y no era menor el que profesaba a Ricardo Silva. Se lo tenía cordialísimo a Salvador Camacho Roldán, a Ricardo Becerra, a Anibal Galindo, a Teodoro Valenzuela, a Rafael Eliseo Santander y a otros de aquellos que se ligaron a él mediante la afición a las letras». «Cuando escribió *Los ecos de los zarzos*, escribe su hijo, la más regocijada y furibunda censura al General Mosquera, llamó para leérsela a todos sus amigos mosqueristas. Rieron como muchachos. Carrasquilla bien sabía que sus adversarios políticos eran sus íntimos amigos, eran perfectos caballeros».

#### LITERATURA HOMEOPÁTICA

Después de haberme alargado más de la cuenta, resulta hasta irrosorio referirme a la *Literatura homeopática* de don Ricardo Carrasquilla, con la cual habría resumido su semblanza en unas cuantas estrofas, para corroborar el pensamiento de Gracián: «Lo bueno, si breve, es dos veces bueno; más obran quintas esencias que farragos».

Culpa no es mía si no poseo la facultad que tanto elogió Samper en Carrasquilla, «propia de un espíritu sintético, de condensar una gran suma de pensamiento en muy pocas palabras».

Si me viera forzado a resumir en un solo vocablo mi concepto sobre la civilización actual del mundo diría: velocidad. Y en el siglo de la velocidad el escritor ideal sería hoy don Ricardo Carrasquilla, que pudo compendiar en pocas estrofas una enorme biblioteca, así citando apenas unos pocos ejemplos:

La Historia Universal de Cantú ;  
Es axioma conocido  
que el partido vencedor  
es siempre conservador  
y liberal el vencido.

Las novelas románticas desde *Pablo y Virginia* hasta la María.

Dos niños juntos se criaron,  
porsupuesto se quisieron:  
mas luégo los separaron,  
y' de dolor se murieron.

#### LA ILIADA

Se robaron una niña,  
y como era linda joya,  
hubo furibunda riña,  
y ardió la ciudad de Troya.

Según él, los modernos descubrimientos no hacen sino compendiar los que nos legaron los pasados siglos:

Pues un ferrocarril, si se calcula,  
viene a ser el compendio de una mula;  
y un billete de banco, bien mirado,  
es oro compendiado;  
y el cable submarino, según creo,  
es compendio abreviado del correo;  
y una niña coqueta y descarada  
es legión de demonios compendiada.

Dice Montesquieu, que «quien todo lo ve todo lo abrevia», y era lo que ocurría con la inteligencia clarividente de Carrasquilla, que reducía el saber humano a pocas verdades elementales.

En són de agravio un notable escritor sobreviviente dijo alguna vez de don Miguel Antonio Caro que era hombre de una sola idea, haciendo de él un elogio tan grande que es inaudito, pues el único sér de una sola idea es Dios, la Verdad Suprema, en cuya contemplación beatífica habrá columbrado el varón justo y sabio, nacido hace hoy un siglo en Quibdó, la simplicidad suma a que no es dado llegar a los mortales.

JULIO CÉSAR GARCÍA

Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico